

Acompáñame hasta el final

Ángela Miguel Pellón

*Segundo premio: Premio Hospital San Rafael
de la edición XX (2018).*

—Luisa, soy Laura, la enfermera del centro de salud. Me es imposible visitaros hoy...tengo la agenda abarrotada, varios domicilios...

Silencio. Tras un suspiro al otro lado del teléfono, sonó la voz de Luisa.

—No te preocupes.

—El lunes sin falta voy a ver a Pedro.

Eran más de las doce y aún le quedaban varios pacientes por atender: varias curas, unos inyectables, dos valoraciones nutricionales y, por si fuera poco, tres revisiones infantiles, además de los dos domicilios a los que debía acudir para el control de anticoagulación... ¡Menos mal que había podido retrasar la visita de Pedro! No le gustaba anular citas en el último momento, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Además, en casa de Pedro no tenía nada que hacer.

Pedro era un señor de cincuenta y siete años al que habían diagnosticado un cáncer de hígado en estadio terminal hacía algo menos de un mes. Vivía con su mujer, Luisa, y dos de sus cuatro hijos que rondaban los 20 años.

Le había visitado una vez y no tenía mal aspecto, quitando el color característico de los enfermos hepáticos. Aquel día, Pedro estaba callado, con el cuerpo hundido entre los brazos de un sillón y la mirada vacía, como digiriendo la noticia que el médico le había dado días atrás. Luisa trataba de llenar los silencios de él con palabras de cariño. Ella rondaba los cincuenta años y era una mujer de pelo claro y ojos verdes, que pese a no llevar ni gota de maquillaje, era tremendamente atractiva. Llevaban juntos toda la vida, desde los veinte años, según le habían contado y desde el día que le diagnosticaron el cáncer, ella se ocupaba de todo; administraba sus medicinas, atendía sus necesidades y gestionaba sus citas médicas. Todo ello con una sonrisa. Una sonrisa que no tardaba en desaparecer cuando Pedro no estaba cerca. Cuando Laura se despidió de ella, la expresión de Luisa cambió por completo para dejar paso a la tristeza, el agotamiento y la desesperanza.

La realidad era que no tenían más atención que la de Laura, ya que desde el hospital les habían dicho que no había posibilidad de tratamiento y les habían mandado a casa. En esa visita, Laura le había tomado las constantes y había investigado sobre si sentía dolor. La verdad que no se sintió muy cómoda... no sabía bien qué tenía que hacer en ese tipo de circunstancias...

Había terminado sus estudios de enfermería hacía dos años y estaba teniendo mucha suerte; al acabar la carrera había trabajado los meses de verano en una unidad de cuidados intensivos y, poco después, la habían llamado para este puesto. Ella prefería el trabajo de hospital, pero tal y como estaban las cosas no podía quejarse, la mayoría de sus compañeros tan solo tenían trabajo en



los períodos vacacionales y algunos, ni siquiera. Además, el centro de salud no estaba tan mal. Sus compañeros eran mayores, pero no habían perdido el interés por la profesión y aparte de la consulta de cada uno, realizaban muchos otros proyectos y actividades de todo tipo, desde talleres de ansiedad, primeros auxilios o deshabitación tabáquica, hasta salidas para realizar deporte con los mayores o actividades en colegios e institutos.

Retomando la visita a Pedro, Laura sintió que ante aquella situación en la que la enfermedad del paciente estaba tan avanzada, poca era la labor que podía hacer, y repasando lo aprendido durante su formación no recordaba haber tratado el tema de los cuidados paliativos.... Bueno quizá en un par de clases.

Entre paciente y paciente, Laura pudo terminar la manzana que se había llevado de almuerzo y que terminó por estar oxidada cuando consiguió dar el último de los mordiscos.

La última visita domiciliaria la terminó a las tres y media... ¡estaba exhausta! Por suerte, no vivía lejos de allí y en poco tiempo estaba metiéndose en la cama para disfrutar de una merecida siesta. Laura vivía en un barrio a las afueras de la ciudad junto con sus padres y su hermana, Ana, unos años más joven que ella. Habían llegado a esa casa siendo ellas muy pequeñas, ya que no recordaba haber vivido en otro lugar, aunque, por las historias de sus padres, sabía que habían estado viviendo con sus tíos hasta que pudieron comprar esa casa. Le gustaba el barrio porque, aparte de estar muy bien comunicado con el centro, tenía mucha vida; tiendas, bares, lugares donde practicar deporte o juntarse con



amigos... y lo mejor de todo es que allí vivían todas sus amigas. Había conocido a casi todas el primer año de colegio, y a pesar de los años de universidad, en los cuales cada una de ellas había ampliado su círculo social, seguían estando muy unidas, tanto, que al menos un día a la semana solían verse.

Hacia unas semanas que su relación con Pablo había hecho aguas y había pasado unos días muy difíciles, pero ya se encontraba más animada, por lo que ese viernes pensaba salir y bailar hasta que no pudiera mantenerse en pie.

El sábado se levantó bien pasado el mediodía, cuando sus padres y su hermana se disponían a comer. Al dar los buenos días notó seriedad en sus rostros y apenas hablaron durante la comida. De vez en cuando, sus padres cruzaban las miradas... algo raro les pasaba. Laura pensó que no les había sentado bien su llegada de madrugada; pero, ¿qué les importaba a ellos? Tenía veinticuatro años y podía hacer lo que quisiera, ¡sólo faltaba!

El resto del fin de semana lo dedicó a descansar y preparar uno de los trabajos que tenía que hacer en su máster de emergencias. Estaba siendo duro trabajar, asistir a las clases y llevar al día todos los trabajos que les mandaban, pero trabajar como enfermera en una ambulancia era lo que había soñado toda su vida, deseaba sentir la adrenalina correr por sus venas al recibir un aviso de un accidente de tráfico o una parada cardiorrespiratoria. Llegó el lunes y de nuevo el frenesí, además, ese día tenía clase presencial en la universidad. En días así solía llevarse un bocadillo y comer de camino a clase. En el autobús recibió un mensaje de Pablo; quería



verla. La echaba de menos. En un primer momento se alegró, ¡Cuánto había esperado ese momento! Fue él quien puso fin a la relación sin que ella siquiera sospechase nada y había sido un gran golpe. De pronto toda la estabilidad de su vida se había venido abajo y no entendía qué había fallado. Con el paso de los días se centró en su trabajo, sus estudios, retomó amistades olvidadas y hasta disfrutaba de los momentos de soledad. Guardó el teléfono. Le escribiría por la noche.

Esa tarde tocaba farmacología de urgencia. Durante la carrera no habían dedicado demasiado tiempo a ello, por lo que se concentró tanto en la clase que olvidó por completo que había prometido salir algo antes para poder cenar con sus padres y su hermana. No entendía el porqué de aquella cena familiar si vivían todos juntos.

265

Al llegar a casa encontró todo apagado y su plato de cena en una bandeja. Al pasar por delante de la habitación de Ana oyó cómo esta lloraba, por lo que no pudo evitar pasar a ver qué le ocurría. Estaba acurrucada en la cama como hacía cuando era pequeña y había visto alguna película de miedo.

—Ni siquiera hoy has podido venir a cenar con nosotros —le recriminó al verla.

Laura no entendía por qué su hermana estaba tan triste y mucho menos por qué lo pagaba con ella. Ana y ella eran muy diferentes, Ana siempre estaba de buen humor, era comprensiva, amable y familiar, mientras que ella tenía un carácter complicado y prefería estar con sus amigas que pasar tiempo con la familia. Era difícil que Ana perdiera la sonrisa y si algo había hecho que la perdiera era algo grave.



—Papá tiene un cáncer de colon muy avanzado y comienza quimioterapia el próximo lunes.

Sintió como el corazón se le encogía tanto que apenas podía respirar... su padre...

¿Cómo podía pasarle eso a él? Aún era joven, no fumaba ni bebía alcohol y su mayor afición era el deporte. Tenía que ser un error, algún documento traspapelado de otro paciente, una muestra mal analizada... además, no tenía ningún síntoma que les hubiera hecho sospechar nada.... Bueno al menos que ella supiera... en realidad pasaba poco tiempo en casa y cuando lo hacía solía estar en su habitación. Aquella noche no consiguió conciliar el sueño, y las pocas horas que durmió tuvo unas pesadillas horribles.

266

El martes, al levantarse, sus padres ya habían salido a sus respectivos trabajos y no fue hasta por la tarde cuando pudo encontrarse con ellos. Le explicaron la situación, su madre entre lágrimas y su padre con una extraña tranquilidad, más parecida a la tristeza más profunda que una persona puede sentir, esa que te aleja del mundo que te rodea, que hace que oigas pero no escuches, que veas pero no mires, que te permite seguir respirando pero no viviendo. La actitud de su padre le era familiar; el tono y la forma de hablar que ahora tenía, su postura en el sofá, la expresión de su cara... algo había cambiado y le recordaba tanto a alguien, pero ¿a quién? No habían tenido en la familia ninguna situación similar. El pronóstico era poco esperanzador, pero aun así había varios tratamientos posibles.



En aquellos días su padre comenzó el tratamiento, al que acudía siempre acompañado de su madre o su hermana. Laura intentaba estar centrada en sus pacientes durante su jornada laboral, pero le resultaba francamente difícil no poder dedicar a su padre todo el tiempo que le gustaría. Se olvidó por completo de Pablo y aunque no abandonó su máster, le dedicaba mucho menos tiempo, pero es que lo que realmente sentía era la necesidad de acompañar a su padre nada más salir del trabajo.

Al final de la semana, se encontraba organizando la mesa de la consulta cuando apareció un documento que le hizo remover algo en su cabeza: ¡Pedro! Había prometido ir a visitarle el lunes y se había olvidado por completo. Miró el reloj... las tres menos diez, mala hora para concertar una cita, pero aun así lo intentó. Llamó por teléfono y al otro lado de la línea le recibió una voz seca.

267

—Luisa, soy Laura, la enfermera, siento no haber podido llamaros antes, pero he tenido una semana muy complicada y me ha sido imposible sacar un hueco. ¿Cómo está Pedro? ¿Podría visitaros hoy?

—Ya no es necesario. Murió el martes por la noche.

Laura se quedó helada, no sabía qué decir ni cómo reaccionar... no pensaba que el desenlace fuera a ser tan rápido. Tras unos segundos de silencio logró decir:

—Siento mucho...

—No te preocupes, seguro que tenías cosas más importantes que hacer —acto seguido Luisa colgó el teléfono.



Regresó a casa con un gran sentimiento de culpa pero intentando convencerse de que ella no podría haber hecho nada para evitar ese final. Encontró a su madre frente a la televisión apagada con la mirada hacia el vacío. Su padre estaba en la cama; se encontraba muy débil y apenas había probado bocado durante la comida. No hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que cada vez estaba más debilitado, con menos ganas de conversar, menos apetito...

268

Poco a poco, las semanas se fueron sucediendo y cada día su padre se apagaba más. Ya no era capaz de ducharse solo, ni tan siquiera de ir al servicio andando sin ayuda de otra persona. Sus médicos decían que el tratamiento no estaba funcionando, pero que lo iban a mantener, puesto que las analíticas estaban dentro de los límites esperables. Poco importaban las analíticas mientras ellas veían como su padre perdía la vida por momentos. Él sufría a su manera, pero el resto de la familia se deshacía cada vez que veían lo poco que ya quedaba de él... no de él físicamente, que por supuesto no era ni su sombra, si no de su carácter y personalidad arrolladora, siempre moviéndose de un lado a otro, siempre buscando "pelea" con su madre o aliándose con ellas para conseguir cenar su plato favorito. Su madre se refugiaba en cubrir todas las necesidades de su padre para mantenerse ocupada y no pensar, su hermana se dividía entre la universidad y las labores del hogar, y ella tan solo quería estar junto a él. Cuando dormía, Laura se quedaba a su lado observándole y tocando las manos y la cara de quien la había mecido en sus brazos hasta que era bien mayor para que lograra conciliar el sueño. Miraba su nuevo aspecto tan alejado del que tenía hacía tan solo unos meses; ese cuerpo



fuerte y cuidado, su pelo negro y esos ojos de un azul tan intenso, se habían convertido en un cuerpo endeble de poco más de cincuenta y cinco kilos, apenas quedaba pelo en su cabeza y sus ojos habían perdido todo el brillo que solían tener. Su rostro estaba surcado de arrugas y tan solo se rozaban los pómulos al darle un beso. A pesar de todo, su aspecto era limpio y cuidado.

El ambiente en casa se regía por el silencio. El silencio invadió un hogar que no mucho tiempo atrás había sido testigo de gritos, risas, palabras de amor y alborotos... y también de enfados y llantos, pero de los que sanan rápido y sin dejar huella. Nunca antes se había parado a pensar cómo el silencio expresaba tanto, en su caso expresaba las dudas, los temores y los dolores de toda una familia.

269

Laura se sentía sola y confundida, tenía miedo del final, de si él sentiría dolor, si estarían las tres acompañándole, si sería en mitad del día o de la noche. Afortunadamente por ahora no tenía dolor. Ella se encargaba de administrar toda la medicación. Desde el hospital les habían recomendado informar al médico y enfermera de familia para que les visitaran y realizar un seguimiento del estado de su padre, y sí, era cierto que solían ir a verle un día en semana. Ese día era muy esperado, tanto por Laura, como por su madre y su hermana. No sabía por qué motivo, pero verles allí atendiendo a su padre les daba algo de fuerza, no sabría decir si también esperanza. Además, les reconfortaban mucho las palabras de cariño que, tanto la doctora, como la enfermera, les dedicaban. Siempre se mantenían atentas a todo lo que ellos les contaban y solían alabar la labor que su madre y ellas estaban haciendo.



Fueron dos meses muy largos y, a la vez, muy cortos. Ver como uno de sus seres más queridos estaba cada día más lejos de la vida y un poco más cerca de la muerte era tan doloroso como si fueran arrancándole poco a poco la piel en tiras, lo que hacía que cada minuto, cada hora y cada día se convirtieran en una eternidad. En esos meses, su padre dejó de reír, de hablar, de buscar el contacto de sus hijas y su mujer dejó de comer y de andar. Dejó de compartir momentos con el resto de la familia, porque estaba demasiado cansado como para mantenerse sentado siquiera, y aunque ellas cambiaron sus reuniones y quehaceres diarios al lugar donde él se encontraba, también llegó un día en el que mantener los ojos abiertos era demasiado costoso para él. Fueron meses cortos porque quería robar segundos al reloj para poder disfrutar un poco más de él, quedaban tantas cosas por hacer aún. Hasta entonces nunca antes se había parado a pensar que un día sus padres ya no estarían siempre disponibles para ella y pensaba que había malgastado el tiempo... se había perdido tantas cosas que vivir con ellos...y ahora ya no había nada qué hacer.

Una mañana de jueves, entró en la habitación de su padre para darle un beso antes de irse a trabajar y lo encontró con la respiración entrecortada, empapado en sudor y ya sin capacidad de emitir un sonido o un movimiento que indicase alguna conexión con el entorno. Habló con su madre y su hermana, el final era inminente. Avisó en su trabajo de la situación y las tres pasaron junto a él sus últimas cuatro horas entre caricias, besos y paños húmedos para disminuir su temperatura. Esperaron sosegadamente hasta que dio su última bocanada de aire. Las tres se aferraron a su cuerpo dejando escapar



el dolor que sentían, cada una a su manera, Laura y su hermana lloraron con lágrimas y de su madre solo puede decirse que su alma se rompió para el resto de sus días.

El resto lo conocemos todos, velatorio, gente, entierro, documentos por hacer... y volver a casa. ¡Qué difícil volver a casa! Debe ser por ello que sin haberlo hablado entre ellas, pasaron de largo y se dirigieron al parque en el que tantos momentos habían pasado los cuatro desde que fueron a vivir a aquella casa. Se agarraron de las manos mientras andaban sin rumbo, cada una de ellas metida en su propio mundo interior.

Y justo entonces entendió todo... pasaron por su cabeza todos esos pacientes que había antepuesto a Pedro, todas esas cosas que había creído prioritarias. ¿De verdad había llegado a pensar que realizar un control de anticoagulación o una revisión infantil eran más importantes que acompañar a una persona en los últimos días de su vida? ¿Cómo había podido creer que lo verdaderamente útil como enfermera era administrar una vacuna o tomar unas constantes en lugar de escuchar a una familia que despide a uno de sus miembros? ¿Cómo podía haber sido tan ciega? En ese momento entendió el porqué y el para qué de su profesión. No es que todo aquello que hacía como enfermera no fuese importante, lo era y así lo sentía, pero las enfermeras se encargan de cuidar personas, de acompañar familias, de escuchar sentimientos, miedos e incertidumbres, de apoyar y guiar en momentos cruciales de la existencia humana. Todo lo demás, las curas, los inyectables, las revisiones, los planes de cuidados, todo ello podía esperar al día siguiente. Nadie se muere si le toman la tensión dos días más tarde, o ningún niño fallece si su revisión se pospone unos



días, pero un paciente en situación terminal quizás no pueda siquiera esperar unas horas. De pronto, sintió un frío que le recorrió todo el cuerpo, sintió aún más ganas de llorar que las que ya tenía por la pérdida de su padre, y se prometió que nunca más dejaría para más tarde a una persona que estuviera pasando por la situación que, tanto su padre y su familia, como Pedro y la suya, habían tenido la desgracia de vivir. Entendió por fin, que el ocaso de una vida bien merecía toda la atención, el cariño y la dedicación que se le pueda brindar.

